

que la servia. Finalmente, quedaron concertadas en salir juntas esta noche, despues de todos recogidos, para lo cual juntaron sus cosas, por no ir desapercibidas. Las doce serian de la noche cuando Estela y Claudia, cargadas de dos pequeños lios en que llevaban sus vestidos y camisas y otras cosas necesarias á su viaje, se salieron de casa y caminaron hácia la marina, donde decia Claudia que estaba el bergantín ó bajel en que habia de escapar, y en su seguimiento Hamete, que desde que salieron de casa las seguía. Y como llegasen hácia unas peñas, en donde decia que habian de aguardar á los demás, tomando un lugar el mas acomodado y seguro que á la cautelosa Claudia le pareció mas á propósito para el caso, se sentó, animando á la temerosa dama, que cada pequeño rumor le parecía que era Hamete. De esta suerte estuvieron mas de una hora, pues Hamete, aunque estaba cerca de ellas, no se habia querido dejar ver porque estuviese mas segura. Al cabo de esto llegó, y como las viese, fingiendo una furia infernal, les dijo: ¡Ah, perras mal nacidas, qué fuga es esta! Ya no os escaparéis con las traiciones que teneis concertadas. No es traicion, Hamete, dijo Estela, procurar cada uno su libertad, que lo mismo hicieras tú si te vieras de la suerte que yo, maltratada y abatida de tí y de todos los de tu casa; demás que si Claudia no me animara, no hubiera en mí atrevimiento para emprender esto, sino que ya mi suerte tiene puesta mi perdicion en sus manos, y así me ha de suceder siempre que fiare de ella. No lo digas burlando, perra, dijo á esta ocasion la renegada Claudia, porque quiero que sepas que el traerte esta noche no fué con ánimo de salvarte, sino con deseo de ponerte en poder del gallardo Hamete, para que por fuerza ó por grado te goce, advirtiéndote que le has de dar gusto, y con él posesion de tu persona, ó has de quedar aquí hecha pedazos.

Dicho esto, se apartó algun tanto, dándole lugar al moro, que tomando el último acento de sus palabras, prosiguió con ellas, pensando persuadirla, ya con ternezas, ya con amenazas, ya con regalos, ya con rigores. A todo lo cual Estela, bañada en lágrimas, no respondia mas sino que se cansaba en vano, porque pensaba dejar la vida antes que perder la honra. Acabóse de enojar Hamete, y trocando la terneza en saña, empezó á maltratarla, dándole muchos golpes en su hermoso rostro, amenazándola con muchos géneros de muerte si no se rendia á su gusto. Y viendo que nada bastaba, quiso usar de la fuerza, batallando con ella hasta rendirla. El ánimo de Estela en esta ocasion era mayor que de una flaca doncella se podia pensar; mas como á brazo partido anduviese luchando con ella, rendidas ya las débiles fuerzas de Estela, se dejó caer en el suelo; y no teniendo facultad para defenderse, acudió al último remedio y al mas ordinario y comun de las mujeres, que fué dar gritos, á los cuales Jacimín, hijo del rey de Fez, que venia de caza, movido de ellos, acudió á la parte donde le pareció que los oía, dejando atrás muchos criados que traía; y como llegase á la parte donde las voces se daban, vió patente la fuerza

que á la hermosa dama hacia el fiero moro. Era el Príncipe de hasta veinte años; y demás de ser muy gallán, tan noble de condicion y tan agradable en las palabras, que por esto y por ser muy valiente y dadaso era muy amado de todos sus vasallos, siendo asimismo tan aficionado á favorecer á los cristianos, que si sabia que alguno los maltrataba, lo castigaba severamente.

Pues como viese lo que pasaba entre el cruel moro y aquella hermosa esclava, que ya á este tiempo se podia ver, á causa de que empezaba á romper el alba, y la mirase tendida en tierra, y con una liga atadas las manos, y con un lienzo la queria tapar la boca el traidor Hamete, con airada voz le dijo: ¿Qué haces, perro? ¿En la corte del rey de Fez se ha de atrever ninguno á forzar las mujeres? Déjala al punto, si no, por vida del Rey, que te mato. Decir esto y sacar la espada todo fué uno. A estas palabras se levantó Hamete y metió mano á la suya, y cerrando con él, le diera la muerte si el Príncipe, dando un salto, no le hurtara el golpe, y reparara con la espada; mas no fué con tanta presteza que no quedase herido en la cabeza. Conociendo pues el valiente Jacimín que aquel moro no le queria guardar el respeto que justamente debia á su Príncipe, se retiró un poco, y tocando una cornetilla que traía al cuello, todos sus caballeros se juntaron con él al mismo tiempo que Hamete con otro golpe queria dar fin á su vida. Mas siendo, como digo, socorrido de los suyos, fué preso el traidor Hamete, dando lugar á la afligida Estela, con quien ya se habia juntado la alevosa y renegada Claudia, á que se echase á los piés del príncipe Jacimín, á quien como el gallardo moro viese mas de espacio, no agradao de su hermosura, sino compasivo de sus trabajos, la preguntó quién era y la causa de estar en tal lugar. A lo cual Estela, despues de haberle dicho que era cristiana, con las mas breves razones que pudo contó su historia y la causa de estar donde la veía; de lo cual el piadoso Jacimín enojado, mandó que á todos tres los trajesen á su palacio, donde antes de curarse dió cuenta al Rey su padre, del suceso, pidiéndole venganza del atrevimiento de Hamete, quien, juntamente con Claudia, fué condenado á muerte, y este mismo dia fueron los dos empalados. Hecha esta justicia, mandó el Príncipe traer á su presencia á Estela, y despues de haberla acariciado y consolado, la preguntó qué queria hacer de sí. A lo cual la dama, arrodillada ante él, le suplicó que la enviase entre cristianos, para que pudiese volver á su patria. Concedióle el Príncipe esta peticion, y habiéndola dado dineros y joyas y un esclavo cristiano que la acompañase, mandó á dos criados suyos la pusiesen donde ella gustase. Sucedió el caso referido en Fez, á tiempo que el César Carlos V, emperador y rey de España, estaba sobre Túnez contra Barbaroja.

Sabiendo pues Estela esto, mudando su traje mujerial en el de varon, cortándose los cabellos, acompañada solo de su cautivo español, que el príncipe de Fez le mando dar, juramentándole que no habia de decir quién

era, y habiéndose despedido de los dos caballeros moros que la acompañaban, se fué á Túnez, hallándose en servicio del Emperador y siempre á su lado en todas ocasiones, granjeando, no solo la fama de valiente soldado, sino la gracia del Emperador, y con ella el honroso cargo de capitán de caballos. Hallóse, como digo, no solo en esta ocasion, sino en otras muchas que el Emperador tuvo en Italia y Francia, quien hallándose en una refriega á pié, por haberle muerto el caballo, nuestra valiente dama, que con nombre de don Fernando era tenida en diferente opinion, le dió el suyo, y le acompañó y defendió hasta ponerle en salvo. Quedó el Emperador tan obligado, que empezó con muchas mercedes á honrar y favorecer á don Fernando, y fué la una un hábito de Santiago, y la segunda una gran renta y título. No habia sabido Estela en todo este tiempo nuevas ningunas de su patria y padres, hasta que un dia vió entre los soldados del ejército á su querido don Carlos, que como le conoció, todas las llagas amorosas se la renovaron, si acaso estaban adormecidas, y empezaron de nuevo á verter sangre; mandóle llamar, y disimulando la turbacion que le causó su vista, le preguntó de dónde era y cómo se llamaba. Satisfizo don Carlos á Estela con mucho gusto, obligado de las caricias que le hacia, ó por mejor decir, al rostro, que con ser tan parecido á Estela, traía cartas de favor; y así, la dijo su nombre y patria y la causa por qué estaba en la guerra, sin encubrirle sus amores y la prision que habia tenido, diciéndola cómo cuando pensó sacarla de casa de sus padres y casarse con ella se habia desaparecido de los ojos de todos ella y un paje, de quien habia mucho sus secretos, poniendo en opinion su crédito, porque tenia para sí que, por querer mas que á él al paje, habian hecho aquella vil accion, dándole á él motivo á no quererla tanto y desestimarla; si bien en una carta que se habia hallado escrita de la misma dama para su padre decia que se iba con don Carlos, que era su legítimo esposo, cosa que le tenia mas espantado que lo demás; porque irse con Claudio, y decir que se iba con él, le daba que sospechar, y en lo que paraban sus sospechas era en creer que Estela no le trataba verdad con su amor, pues le habia dejado expuesto á perder la vida por justicia, porque despues de haber estado por estos indicios preso dos años, pidiéndole no solo el robo y escalamiento de una casa tan noble como la de sus padres, viendo que muerta ni viva no parecia, le achacaban que despues de haberla gozado la habia muerto, con lo cual le pusieron en grande aprieto, tanto, que muriera por ello si no se hubiera valido de la industria, la cual le enseñó lo que habia de hacer, que fué romper las prisiones y quebrantar la cárcel, fiándose mas de la fuga que de la justicia que tenia de su parte; que el otro año habia gastado en buscarla por muchas partes, mas que habia sido en vano, porque no parecia sino que la habia tragado la tierra.

Con grande admiracion escuchaba Estela á don Carlos, como si no supiera mejor que nadie la historia; y á lo que respondió mas apresuradamente fué á la sos-

pecha que tenia de ella y del paje, diciéndole: No creas, Carlos, que Estela seria tan liviana que se fuese con Claudio por tenerle amor ni engañarte á tí, que en las mujeres nobles no hay esos tratos; lo mas cierto seria que ella fué engañada, y despues quizá la habrán sucedido ocasiones en que no haya podido volver por sí; y algun dia querrá Dios volver por su inocencia, y tú quedarás desengañado. Lo que yo te pido es que mientras estuvieres en la guerra acudas á mi casa, que si bien quiero que seas en ella mi secretario, de mí serás tratado como amigo, y por tal te recibo desde hoy, que yo sé que con mi amparo, pues todos saben la merced que me hace el César, tus contrarios no te perseguirán, y acabada esta ocasion, darémos orden para que quedes libre de sus persecuciones; y no quiero que me agradezcas esto con otra cosa sino con que tengas á Estela en mejor opinion que hasta aquí, siquiera por haber sido tú la causa de su perdicion; y no me mueve á esto mas de que soy muy amigo de que los caballeros estimen y hablen bien de las damas. Atento oyó Carlos á don Fernando, que por tal tenia á Estela, pareciéndole no haber visto en su vida cosa mas parecida á su dama; mas no llegó su imaginacion á pensar que fuese ella; y viendo que habia dado fin á sus razones, se le humilló, pidiéndole las manos y ofreciéndose por su esclavo. Alzóle Estela con sus brazos, quedando desde este dia en su servicio, y tan privado con ella, que ya los demás criados estaban envidiosos. De esta suerte pasaron algunos meses, acudiendo Carlos á servir á su dama, no solo en el oficio de secretario, sino en la cámara y mesa, donde en todas ocasiones recibia de ella muchas y muy grandes mercedes, tratando siempre de Estela, tanto, que algunas veces llegó á pensar que el Duque la amaba, porque siempre le preguntaba si la queria como antes, y si viera á Estela, si se holgaria con su vista, y otras cosas que mas aumentaban la sospecha de don Carlos, satisfaciendo á ellas, unas veces á gusto de Estela, y otras veces á su descontento.

En este tiempo vinieron al Emperador nuevas cómo el virey de Valencia era muerto repentinamente, y habiendo de enviar quien le sucediese en aquel cargo, por no ser bien que aquel reino estuviese sin quien le gobernase, puso los ojos en don Fernando, de quien se hallaba tan bien servido. Supo Estela la muerte del virey, y no queriendo perder de las manos esta ocasion, se fué al Emperador, y puesta de rodillas le suplicó le honrase con este cargo. No le pesó al Emperador que don Fernando le pidiese esta merced, si bien sentia apartarle de sí, pues por esto no se habia determinado; pero viendo que con aquello le premiaba, se lo otorgó, y le mandó que partiese luego, dándole la patente y los despachos. Ve aquí á nuestra Estela virey de Valencia, y á don Carlos su secretario, y el mas contento del mundo, pareciéndole que con el padre alcalde no tenia que temer á su enemigo, y así se lo dió á entender su señor. Satisfecho iba don Carlos de que el virey lo estaba de su inocencia en la causa de Estela, con lo cual ya se tenia por libre y muy seguro de sus promesas.

Partieron, en fin, con mucho gusto, y llegaron á Valencia, donde fué recibido el Virey con muestras de grande alegría. Tomó su posesión, y el primer negocio que le pusieron para hacer justicia fué el suyo mismo, dando querrela contra su secretario. Prometió el Virey de hacerla. Para esto mandó se hiciese informacion de nuevo, examinando segunda vez los testigos. Bien quisieran las partes que don Carlos estuviera mas seguro, y que el Virey le mandara poner en prision. Mas á esto los satisfizo con decir que él le fiaba, porque para él no habia mas prision que su gusto. Tomó, como digo, este caso tan á pechos, que en breves dias estaba de suerte, que no faltaba sino sentenciarle. En fin, quedó para verse otro dia. La noche antes entró don Carlos á la misma cámara donde el Virey estaba en la cama, y arrodillado ante él, le dijo: Para mañana tiene vuestra excelencia determinado ver mi pleito y declarar mi inocencia; demás de los testigos que he dado en mi descargo y han jurado en mi abono, sea el mejor y mas verdadero un juramento que en sus manos hago, pena de ser tenido por perjuro, de que no solo no llevé á Estela, mas que desde el dia antes no la vi, ni sé qué se hizo ni dónde está; porque si bien yo habia de ser su robador, no tuve lugar de serlo con la grande prisa con que mi desdicha me la quitó, ó para mi perdicion ó la suya. Basta, Carlos, dijo Estela, vete á tu casa y duerme seguro; soy tu dueño, causa para que no temas; mas seguridad tengo de tí de lo que piensas, y cuando no la tuviera, el haberte traído conmigo y estar en mi casa fuera razon que te valiera. Tu causa está en mis manos, ya la sé, mi amigo eres, no tienes que encargarme mas esto, que yo estoy bien encargado de ello. Besóle las manos don Carlos, y así se fué dejando al Virey y pensando en lo que habia de hacer. ¿Quién duda que desearia don Carlos el dia que habia de ser el de su libertad? Por lo cual se puede creer que apenas el Padre universal decuan to vive descubria la encrespada madeja por los balcones del alba, cuando se levantó y adornó de las mas ricas galas que tenia, y fué á dar de vestir al Virey para tornarle á asegurar su inocencia.

A poco rato salió el Virey de su cámara á medio vestir; mas cubierto el rostro con un gracioso ceño, con el cual y con una risa á lo falso dijo mirando á su secretario: Madrugado has, amigo Carlos; algo hace sospechosa tu inocencia y tu cuidado, porque el libre duerme seguro de cualquiera pena, y no hay mas cruel acusador que la culpa. Turbóse don Carlos con estas razones, mas disimulando cuanto pudo, le respondió: Es tan amada la libertad, señor excelentísimo, que cuando no tuviera tan fuertes enemigos como tengo, el alborozo de que me he de ver con ella por mano de vuestra excelencia era bastante á quitarme el sueño; porque de la misma manera que mata un gran pesar, lo suele hacer un contento; de suerte que el temor del mal y la esperanza del bien hacen un mismo efecto. Galan vienes, replicó el Virey, ¿pues el dia en que has de ver representada tu tragedia en la boca de tantos tes-

tigos como tienes contra tí te adornas de las mas lucidas galas que tienes? Parece que no van fuera de camino los padres y esposos de Estela en decir que debiste de gozarla y matarla, fiados en los pocos ó ninguno que te lo vieron hacer; á fe que si pareciera Claudio, vil tercero de tus travesuras, que no sé si probaras inocencia; y si va á decir verdad, todas las veces que tratamos de Estela muestras tan poco sentimiento y tanta vileza, que siento que me debe mas á mí tu dama que no á tí, pues su pérdida me cuesta cuidado, y á tí no. ¡Oh qué pesados golpes eran estos para el corazón de Carlos! Ya desmayado y desesperado de ningun buen suceso, le iba á dar por disculpa el tiempo, pues con él se olvida cualquiera pasion amorosa, cuando el Virey, con un severo semblante y airado rostro le dijo: Calla, Carlos, no respondas. Carlos, yo he mirado bien estas cosas, y hallo por cuenta que no estás muy libre en ellas, y el mayor indicio de todos es las veras con que deseas tu libertad. Diciendo esto, hizo señas á un paje, el cual, saliendo fuera, volvió con una escuadra de soldados, los cuales quitaron á don Carlos las armas, poniéndose como en custodia de su persona. Quien viera en esa ocasion á don Carlos no pudiera dejar de tenerle lástima; tenia mudada la color, los ojos bajos, el semblante triste, y tan arrepentido de haberse fiado de la varia condicion de los señores, que solo á sí se daba la culpa de todo. Acabóse de vestir el Virey, y sabiendo que ya los jueces y las partes estaban aguardando, salió á la sala en que se habia de juzgar este negocio, trayendo consigo á Carlos cercado de soldados. Sentóse en su asiento, y los demás jueces en los suyos: luego el relator empezó á decir el pleito, declarando las causas é indicios que habia de que don Carlos era el robador de Estela, confirmando los papeles que en los escritorios del uno y del otro se habian hallado, las criadas que sabian su amor, los vecinos que los veían hablarse por las rejas, y quien mas le condenaba era la carta de Estela, en que rematadamente decia que se iba con él. A todo esto los mas eficaces testigos en favor de don Carlos eran los criados de su casa, que decian haberle visto acostar la noche que faltó Estela, aun mas temprano que otras veces, y su confesion, que declaraba debajo de juramento que no la habian visto; mas nada de esto aligeraba el descargo, porque á eso alegaba la parte que pudo acostarse á vista de sus criados, y despues volver á vestirse y sacarla; y que los habia muerto aseguraba el no parecer ella ni el paje, secretario de todo, y que seria cierto que por lo mismo le habia tambien muerto, y que en lo tocante al juramento, claro es que no se habia de condenar á sí mismo.

Viendo el Virey que hasta aquí estaba condenado Carlos en el robo de Estela, en el quebrantamiento de su casa, en su muerte y la de Claudio, y que solo él podia sacarle de tal aprieto, determinado pues á hacerlo, quiso ver primero á Carlos mas apretado, para que la pasion le hiciese confesar su amor y para que despues estimase en mas el bien; y así, Estela le llamó, y como llegase en presencia de todos, le dijo: Amigo Carlos,

si supiera la poca justicia que tenias de tu parte en este caso, doyle mi palabra, y te juro por vida del César, que no te hubiera traído conmigo, porque no puedo negar que me pesa, y pues lo solemnizo con estas lágrimas, bien puedes creerme, siento en el alma ver tu vida en el peligro en que está, pues si por los presentes cargos he de juzgar esta causa, fuerza es que por mi ocasion la pierdas, sin que yo halle remedio para ello; porque siendo las partes tan calificadas, tratarles de concierto en tan gran pérdida como la de Estela es cosa terrible y no acertada y muy sin fruto; el remedio que aquí hay es que parezca Estela, y con esto ellos quedarán satisfechos, y yo podré ayudarte; mas de otra manera, ni á mí está bien, ni puedo dejar de condenarte á muerte. Pasmóse con esto el afligido don Carlos, mas como ya desesperado, arrodillado como estaba, le dijo: Bien sabe vuestra excelencia que desde que en Italia me conocí, siempre que trataba de esto lo he contado y dicho de una misma suerte, y que si aquí como á juez se lo pudiera negar, allí como á señor y amigo le dije la verdad, y de la misma manera lo digo y confieso ahora. Digo que adoré á Estela. Di que la adoro, replicó el Virey algo bajo, que te haces sospechoso en hablar de pretérito y no sentir de presente. Digo que la adoro, respondió don Carlos, admirado de lo que en el Virey veia, y que la escribia, que la hablaba, que la prometia ser su esposo, que concerté sacarla y llevarla á la ciudad de Barcelona, mas ni la saqué ni la vi, y si así no es, aquí donde estoy me parta un rayo del cielo. Bien puedo morir, mas moriré sin culpa alguna, si no es que acaso lo sea haber querido una mudable, inconstante y falsa mujer, sirena engañosa, que en la mitad del canto dulce me ha traído á esta amarga y afrentosa muerte. Por amarla muero, no por saber de ella. Pues ¿qué se pudieron hacer esta mujer y este paje? dijo el Virey. ¿Subieronse al cielo? ¿Bajaronse al abismo? ¿Qué sé yo? replicó el afligido don Carlos. El paje era galan, y Estela hermosa; ella mujer, y él hombre; quizá... ¡Ah traidor! respondió el Virey, y cómo en ese quizá traes encubiertas tus traidoras y falsas sospechas! ¡Qué presto te has dejado llevar de tus malos pensamientos! Maldita sea la mujer que con tanta facilidad os da motivo para ser tenida en menos; porque pensais que lo que hacen obligadas de vuestra asistencia y perseguidas de vuestra falsa perseverancia, hacen con otro cualquiera que pasa por la calle; ni Estela era mujer, ni Claudio hombre; porque Estela es noble y virtuosa, y Claudio un hombre vil, criado tuyo, y heredero de tus falsedades. Estela te amaba y respetaba como á esposo, y Claudio la aborrecia, porque te amaba á tí; y digo segunda vez que Estela no era mujer, porque la que es honesta, recatada y virtuosa, no es mujer sino ángel; ni Claudio hombre, sino mujer, que enamorada de tí quiso privarte de ella, quitándola delante de tus ojos. Yo soy la misma Estela, que se ha

visto en un millon de trabajos por tu causa, y tú me lo gratificas en tener de mí la falsa sospecha que tienes. Entonces contó cuanto le habia sucedido desde el dia que faltó de su casa, dejando á todos admirados del suceso, y mas á don Carlos, que corrido de no haberla conocido y haber puesto dolo en su honor, como estaba arrodillado; asido de sus hermosas manos, se las besaba, bañándose con sus lágrimas, pidiéndola perdon de sus desaciertos; lo mismo hacia su padre y el de Carlos, y unos con otros se embarzaban por llegar á darla abrazos, diciéndola amorosas ternezas. Llegó el Conde á darla la enhorabuena y pedirla se sirviese cumplir la palabra que su padre le habia dado de que seria su esposa; de cuya respuesta, colgado el ánimo y corazón de don Carlos, puso la mano en la daga que le habia quedado en la cinta, para que si no saliese en su favor, matar al Conde y á cuantos se lo defendiesen, ó matarse á sí antes que verla en poder ajeno. Mas la dama que amaba y estimaba á don Carlos mas que á su misma vida, con muy corteses razones suplicó al Conde la perdonase, porque ella era mujer de Carlos, por quien y para quien queria cuanto poseia, y que le pesaba no ser señora del mundo para entregárselo todo; pues sus valerosos hechos nacian todos del valor que el ser suya le daba, suplicando tras esto á su padre lo tuviese por bien. Y bajándose del asiento, despues de abrazarlos á todos, se fué á Carlos, y enlazándole al cuello los valientes y hermosos brazos, le dió en ellos la posesion de su persona. Y de esta suerte se entraron juntos en una carroza, y fueron á la casa de su madre, que ya tenia nuevas del suceso, y estaba ayudando al regocijo con piadoso llanto. Salió la fama publicando aquesta maravilla por toda la ciudad, causando á todos notable novedad, por oír decir que el virey era mujer y Estela. Todos acudían, unos al palacio, y otros á su casa. Despachóse luego un correo al Emperador, que estaba ya en Valladolid, dándole cuenta del caso, el cual mas admirado que todos los demás, como quien la habia visto hacer valerosas hazañas, no acababa de creer que fuese así, y respondió á las cartas con la enhorabuena y muchas joyas. Confirmó á Estela el estado que la dió, añadiéndole el de princesa de Buñol, y á don Carlos el hábito y renta de Estela, y el cargo de virey de Valencia. Con que los nuevos amantes, ricos y honrados, hechas todas las ceremonias y cosas acostumbradas de la Iglesia, celebraron sus bodas, dando á la ciudad nuevo contento, á su estado hermosos herederos, y á los historiadores motivo para escribir esta maravilla, con nuevas alabanzas al valor de la hermosa Estela, cuya prudencia y disimulacion la hizo severo juez, siéndolo de su misma causa; que no es menos maravilla que las demás que haya quien sepa juzgarse á sí mismo en mal ni bien; porque todos juzgamos faltas ajenas, y no las nuestras propias.